

Por esto la choza construida á nuestra llegada, donde el rey nos da audiencia, está situada lejos de todas las miradas en una hondonada donde seria difícil descubrirla. En la noche del 4 al 5 nos han robado un pluviómetro, y al día siguiente hemos asistido á las operaciones mágicas que tenían por objeto hacérsenos encontrar. El hechicero destinado al efecto era un pobre viejo ligeramente vestido con algunas bandas de cuero. Tenia en la mano un cuerno mágico lleno de polvos y cuidadosamente tapado, del cual colgaba una campanilla de bronce. Habiendo mandado matar un buey en presencia de algunos oficiales y del enano de la corte, se puso en cuclillas en medio de nosotros mirando de soslayo á éste, arañando á aquel, murmurando entre dientes algunas palabras encantadas y sonando de cuando en cuando su campanilla, y despues nos declaró de repente con aire satisfecho, que volveria á nuestras manos el objeto perdido. Nuestros hombres recibieron órden de sentarse delante de la choza, y el mago que los iba pasando revista, ya amenazaba al uno con su cuerno, ya olia á otro la cabeza, y acabó por asegurarse de este modo que el ladrón no estaba entre ellos, lo cual, la campanilla que acercaba de cuando en cuando á su oído, le confirmó plenamente. Desde mi choza pasó á la de Grant, y despues al sitio mismo donde estuvo colocado el pluviómetro. Allí hizo algunas pesquisas que le permitieron descubrir la pista de una hiena. La siguió apresuradamente y el vaso fue encontrado á pocos pasos de allí. Se habia apoderado de él una hiena, y despues le dejó caer. El viejo doctor habia conseguido su objeto y pedia por su trabajo un jarro de pombé; nosotros se lo dimos y añadimos á él una cabra.

29 de octubre.—Despues de un mes de impaciencia febril por mi parte y de retardos mas ó menos desleales de parte de Kamrasi, se me ha concedido hoy una audiencia en el nuevo palacio que acaba de construirse á orillas del Kafu. Llevo una Biblia para explicar al monarca ciertas ideas de que ya le he hablado sobre el origen y condicion presente de la raza etiópica que lleva el nombre de Vuahuma. Para esto me remonto al Génesis; le hablo de Adam, del diluvio y de la dispersion de los pueblos; le enseño en las crónicas, testimonio brillante de la grandeza á que habian llegado sus antepasados, la historia de aquel rey de Etiopía llamado Sara que fue al valle de Se-faza, cerca de Marecha, con un ejército de un millon de hombres á combatir al judío Asa, jefe de guerreros menos numerosos y que llamó á Dios en su ayuda. Pasando despues á otra época mas reciente, le hago ver á los etiopes en lucha con los árabes en el país de los samalis, luego en Omgüita (Mombas) con los árabes y los portugueses, añadiendo que en todas estas circunstancias se han apoderado de ciertas comarcas y han dejado detrás cierto número de sus

hijos. De aquí ha procedido un cruzamiento de raza, cuya naturaleza le he hecho comprender hablándole de Mtesa, que ha perdido casi todos los distintivos de la sangre de Mhuma, porque hace muchas generaciones sus antepasados se han unido con mujeres vuagandas. Aquella aplicacion personal de mi teoría histórica ha gustado extraordinariamente á mi real oyente, el cual se puso en seguida á contar las hojas de mi Biblia, creyendo que cada una de ellas encerraba la historia de un año. Pero despues de haberle dejado hacer la cuarta parte de aquella tarea, le pongo en el buen camino, diciéndole que seria mas aproximado á la verdad contar las palabras en vez de las hojas.

Despues se empeñó entre nosotros un debate bastante desagradable. No me quiere permitir que vea el Luta, ó lago Nziyé antes que vuelva Bombay, á quien he enviado de descubierta hácia el Norte; porque entonces puede salir una expedicion cuya vanguardia formarán mis hombres con sus fusiles. Este es el pensamiento de hacernos tomar parte en una campaña empeñada con sus hermanos.

Despues vuelven las habituales peticiones: se trata de medicinas y de una sierra que solo desea ver y que no se nos quitará. ¿Por qué rehusar píldoras á los pobres enfermos que las necesitan? Como á aquella enojosa mendicidad oponemos frias negativas, el rey se retira colérico, pero cuando quedó solo, reflexionó y nos envió un jarro de pombé. Yo contesto con una caja de píldoras, y esto desenlaza dignamente aquella miserable comedia.

1.º de noviembre.—Bombay está de vuelta con Mabruki, ambos alegres y listos. Tienen levitas y pantalones de algodón que les han sido dados por lo que ellos llaman las avanzadas de Petherick, á quien no han podido ver. Han gastado en el viaje catorce dias efectivos de marcha: el *djemadar*, ó lugarteniente con quien se han entendido, manda doscientos turcos y tiene órden de esperarme indefinidamente hasta mi llegada. Como prueba de reconocimiento me enseñarán el nombre de Petherick escrito en la corteza de un árbol. Además, nadie en el campo turco ha podido descifrar mi carta, y por consiguiente, no se sabe de fijo si nosotros somos la expedicion que esperan. Mientras tanto, el *djemadar* y sus hombres, armados de escopetas especiales para aquella caza, han matado diez y seis elefantes. Petherick habia salido para un viaje de ocho dias en direccion de la corriente del rio, pero se esperaba su vuelta de un momento á otro.

2 de noviembre.—Bombay va á presentar á Kamrasi los regalos de despedida, que consisten en una tienda de campaña, un mosquitero, una pieza de *ben-dera* (cotonía encarnada), una marmita, una sierra, una caja de abalorios variados de primera clase,

seis paquetes de alambre de cobre, y además la urgente peticion de que se nos autorizase para salir de sus Estados. El rey se ha apresurado á mandar armar la tienda, y ha ponderado la destreza de los hombres blancos, que en vez de pucheros de barro saben hacerlos de hierro. Pero despues de este primer impulso de satisfaccion, dando de nuevo curso á sus avaros sentimientos, pretende que debemos tener otra clase de avalorios, y en cuanto á la despedida, se ha limitado á contestar «que pensaria en ello y nos enviaria su decision por medio del Kamraviona.» El comandante en jefe ha venido efectivamente á rogarnos que esperemos á que estén prevenidos los pueblos por donde hemos de pasar, porque si no, nos espondríamos á ser molestados. Kamrasi me envia un jarro de pombé, me devuelve mis álbums y me ruega que le envíe un retrato del rey del Uganda.

3 de noviembre.—Le remito el dibujo que me pide, con algunas reconvencciones sobre su falta de palabra, y le anuncio que deseo partir sin dilacion. «El Bana siempre tiene prisa,» me envia á decir; y el Kamraviona vá despues á ofrecernos de parte de su amo una carga de harina, un jarro de pombé, y además dos lanzas semejantes á las que recibí del rey del Uganda. Me prometen además un escudo y dos lanzas para Grant. Nos han aconsejado que tengamos paciencia hasta que se haya adquirido la seguridad de que la gente del Kidi, no nos buscará disputas como tenían intencion. Si persisten en ella, nos darán una poderosa escolta y nos harán tomar el camino del Ugungu. Esta es otra tentativa para llevarnos á pelear contra los hermanos del monarca. Fácil es comprender la acogida que yo debia hacer á semejantes insinuaciones. Declaré en los términos mas precisos, que rechazaria todos los obsequios que no se me ofreciesen á título de despedida; que no queria oír nada ni esperar mas; que no creia en los supuestos peligros del camino y que no aceptaba las mentiras de nadie, ni aun las del rey. En una palabra, dí mi ultimatum diciendo que si el Kamraviona no me traia inmediatamente una contestacion satisfactoria, no pasarian la noche en mi casa las dos lanzas, sino que las devolveria con desprecio.

Kamrasi se conmovió y dijo sencillamente: «pues bien, que el Bana se beba en paz nuestro pombé y conserve nuestras lanzas; porque no entra en mi propósito tenerle prisionero.» La embajada volvió á anunciarme apresuradamente que mañana ó pasado tendria una audiencia final, y despues partiria bien escoltado hácia el punto donde me esperaba el barco de Petherick.

Al día siguiente vá el Kamraviona á reclamarnos regalos. Nosotros enviamos en hora mala á él y á su amo diciendo: «¿Quienes creéis que somos? ¿Qué significan tan groseros insultos? ¿Se duda de nuestra

palabra? Si esto continúa, no se presentará ningún hombre blanco en estos sitios. El Kamraviona sin asustarse mucho por aquel lenguaje brusco, nos hace de parte del rey las preguntas siguientes: «¿Teneis algun remedio que evite la muerte de los niños de corta edad? Este es un inconveniente muy comun en el país. ¿Conoceis algun remedio que una á los súbditos con la persona de su soberano?» A esto contesté sin vacilar: «La inteligencia del gobierno, su sabiduría y su respeto á la justicia, es lo único que conozco de semejantes medicinas. Si el rey quiere confiarnos sus hijos para educarlos en Inglaterra, podrán aprender en aquel país las condiciones de este tratamiento, y á su vuelta darán al rey las noticias que parece necesitar.»

7 de noviembre.—Nada mas divertido despues de aquel mezquino trato y de aquellas vergonzosas instancias, que la actitud magestuosa de Kamrasi cuando nos recibió por última vez en su palacio. Desde lo alto de un trono de pieles parecia tratarnos como á humildes esclavos y queria hacernos enumerar otra vez los diferentes objetos que debíamos enviarle en cambio de nuestra escolta. Le hicimos comprender que no nos gustaba repetir promesas hechas, y como nos contestase aludiendo directamente á su deseo de tenernos por aliados contra sus hermanos, le repetimos de nuevo que no está autorizada por las leyes de nuestro país semejante intervencion. Miraba fijamente los anillos de Grant, y se los pidió, pero sin resultado. Le reconvinimos en cambio por la indiscrecion de su conducta, advirtiéndole que si no reprimia la intemperancia de sus deseos, nadie se creeria seguro á su lado.

8 de noviembre.—El rey no piensa absolutamente en lo que necesitamos para viajar. Ha sido preciso pedirle hoy vacas, manteca y café, y solo nos han enviado las vacas, porque para lo demás era preciso avisar de antemano. Nos escoltan veinte hombres hasta el Gani, desde donde traerán nuestros regalos, que se han fijado previamente y son los que siguen: seis carabinas y municiones, una gran olla de bronce ó de hierro, un cepillo, fósforos, un cuchillo de mesa y todos los objetos desconocidos á los naturales del Uñoro que puedan proporcionarse.

## XVII.

Navegacion por el Kafu y por el Nilo.—Las cataratas de Karuma.—Travesía del Kidi y del Madi.—Mercaderes turcos.

Antes de nuestra salida de Chaguzi, que tuvo lugar el 10 de noviembre, solicité el permiso, que me fue concedido, de continuar el camino por el rio mientras fuese navegable, y que nuestro rebaño marchase á su destino por la via de tierra. El escelente

Kamrasi, en cambio de algunas cápsulas que deseaba, nos ha autorizado además para coger en su nombre todo el pombé que encontremos en los barcos que se hallen en nuestra ruta. Las provisiones del palacio no se adquieren de otro modo. En breve pasamos de nuestras ligeras canoas á una gran barca, y nos encontramos, al salir del Kafu, en lo que nos pareció un lago oval cuya anchura varía de 200 á 1,000 metros; aquel supuesto lago no era otra cosa que el Nilo, que volvíamos á encontrar y cuya navegacion no se interrumpe ya al salir de Urondogani.

Aquel gran río corre entre dos márgenes cubiertas de espesas cañas-papirus. Su orilla izquierda es baja

y pantanosa, y la derecha por el contrario, se eleva formando una suave pendiente llena de árboles y de hermosos *convólvulos*, y donde suelen ir á cazar los habitantes del Kidi y los vuanoros. Algunas islas flotantes que se ven mover lentamente á la superficie del agua cargadas de cañas, céspedes y helechos, nos prueban que el Nilo ha sufrido una crecida. Algunas veces aparecía un hipopótamo asustado, según decían nuestras gentes, por los pájaros que llevábamos á bordo. Dimos caza á varias barcas, pero como ninguna llevaba pombé, las soltábamos inmediatamente, los pescadores que formaban su tripulación volvían sin estrañeza á sus tareas.



Gondokoro en el Bahr-el-Abiad.

El camino de tierra por donde iba nuestro ganado ofrecía menos interés, porque atraviesa interminables pantanos cortados por ríos, en uno de los cuales nuestra gente, que se vió obligada á atravesarle en barca, fue atacada por unos salvajes, y estuvo á punto de perder las cabras.

A los 10 días de navegacion llegamos á la vista de las cataratas de Karuma, si merecen este nombre. Consisten en una especie de presa natural que precipita las aguas entre dos rocas de sienita en una pendiente de 10<sup>m</sup> de longitud. Hay algunas otras de menor importancia, y otra por último cuyo lejano ruido llega hasta nuestros oídos y que dicen que es muy considerable. El nombre de Karuma procede del de un espíritu, que según las supersticiones del país, colocó en la corriente las rocas de que acabamos de hablar. Nos enseñan también cerca de allí un árbol en que reside otro espíritu cuyos atributos son

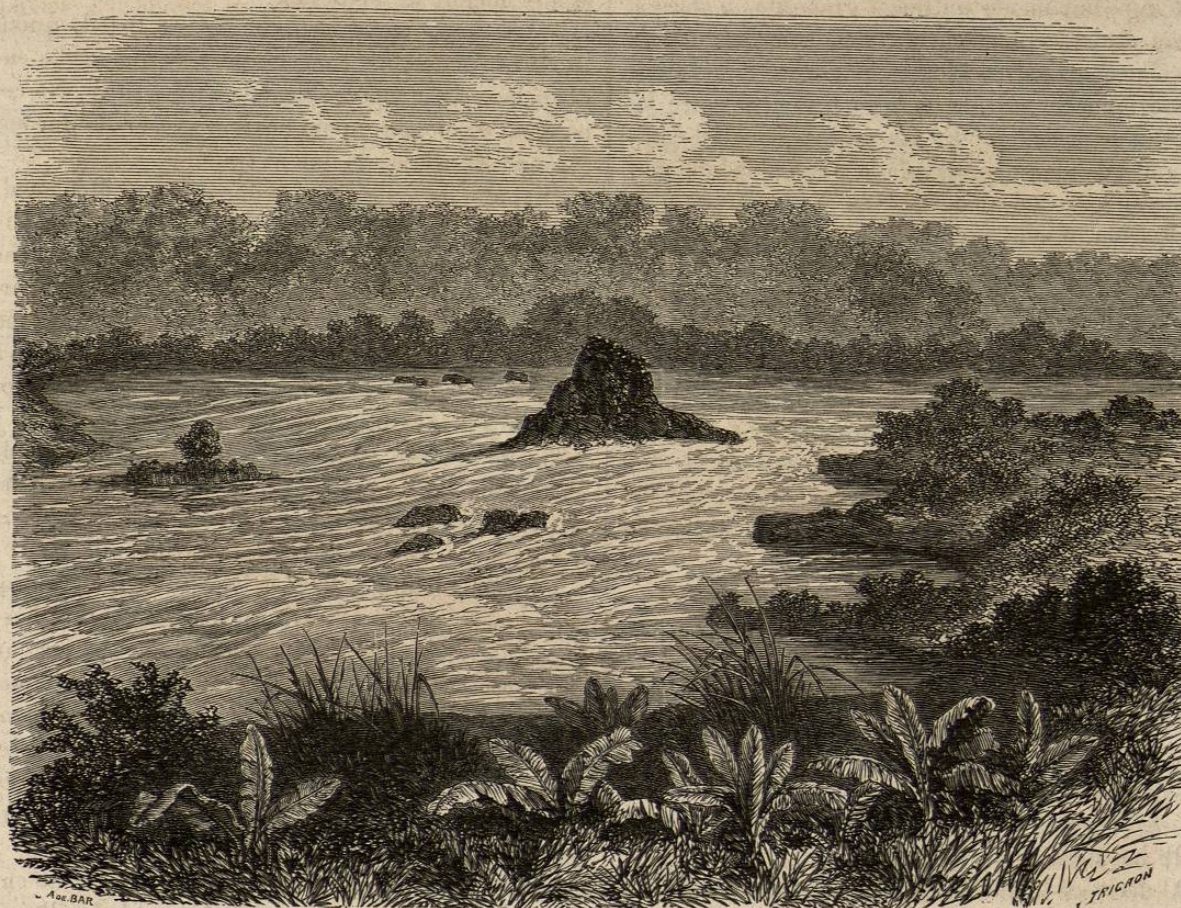
casi idénticos á los del *Liña de Majadeo*, tal como se adora en la India.

Nos dicen que cerca de las grandes cataratas, después de una campaña contra los indígenas, el rey Kamrasi mandó decapitar y echar al río unos cien prisioneros.

Aquí comienza el gran recodo que el Nilo describe hácia el Oeste y hacia el lago Nziyé, al través de una serie de cataratas y saltos que le hacen innavigable. Aquellas circunstancias, y la hostilidad de las tribus ribereñas nos prohiben bajar por aquella parte del río, y nos vemos precisados con gran sentimiento á seguir en línea recta la cuerda de aquel arco geográfico. El paso del Nilo nos ha ocupado todo el día, y nos ha costado una vaca que hemos dado al propietario de la barca. En cada una de las dos orillas, la gente de Kamrasi ha inmolado un cabrito, que cortado en dos mitades colocadas en el suelo, forman

una barrera sangrienta que todos los viajeros deben pasar si quieren hacer felizmente la travesía. El sitio elegido para aquel sacrificio, lo fue, según las indicaciones de un *mzimu* (literalmente un espíritu), es decir, de un viejo eclesiástico agregado al servicio religioso de las cataratas de Karuma. En siete jornadas llegamos al centro del Gani, país vasallo del Uñoro. Jamás he visto gente tan poco vestida como los indígenas de aquel país, porque su traje solo se

compone de vidrios, anillos de hierro ó de bronce, y de algunas plumas ó sartas de conchas de que forman adornos mas ó menos fantásticos. Aun las mujeres se contentan con ciertas fibras vegetales que forman una franja bastante mezquina que cuelgan con descuido alrededor de las caderas. Algunos de nuestros hombres que han visto á los vuatutas del Utambara, dicen que hay identidad completa en el traje de aquellas dos razas; lo cual es una observa-



Cataratas del Nilo, llamadas de Karuma, en Kidi.

ción que no carece de importancia, porque se refiere á los cafres que hemos visto en la bahía de Delagoa. Los hombres enderezan sus cabellos de la misma estraña manera, y el niño, que vá sobre las espaldas de su madre, está protegido por una media calabaza como los naturales del Kidi, á quienes temen mucho. Estos no se separan de una especie de silla muy ligera y baja que llevan á todas partes. Su país llega hasta el río Asua; el Madi, por el contrario, ocupa toda la comarca al Oeste de aquel meridiano hasta el Nilo, del cual estamos separados por grandes distancias. Las aldeas constan de pequeñas chozas cónicas colocadas sobre una pared de tierra y cubiertas de cé-

ped. Cada una de aquellas reducidas comunidades elige su propio jefe, y el país no tiene sultanes cuya autoridad sea reconocida en un radio de alguna estension. Las frondosas montañas del Gani como las del Uñamuesi, ofrecen el aspecto mas risueño y el contraste del país con los salvajes que le pueblan, despierta la idea de una especie de paraíso infernal.

Vemos desde aquí las montañas detrás de las cuales, según dice Bombay, se halla Petherick con sus barcos, y mucho mas cerca de nosotros, otro monte donde nos esperan los cazadores de elefantes enviados á vanguardia.

Fácil es comprender la impaciencia con que nos

dirigimos á aquel punto, que es para nosotros la tierra prometida. El 3 de diciembre, dejando detrás la mitad de la escolta, seguimos adelante con el afán de llegar á donde estaba Petrik. Los hombres que tomamos por su vanguardia, acampaban á los 3° 10' 33" de latitud Norte y 29° 36' 30" de longitud Este. Cuando los distinguimos, que era al ponerse el sol, mi gente pidió autorizacion para hacer una salva de fusilería con objeto de advertir á los turcos que estábamos allí. A las detonaciones de sus carabinas contestó inmediatamente un fuego granado, y como si fueran abejas, aquellas gentes del Norte salieron de sus colmenas y se colocaron en las alturas inmediatas. Es preciso haber sufrido un largo destierro entre los bárbaros para comprender las palpaciones del corazón con que un viajero saluda la proximidad del momento en que vá á encontrarse entre sus hermanos de civilizacion. Cada vez estábamos mas conmovidos. Acababa de formarse un piquete y salia del campamento precedido de tres grandes banderas encarnadas, al ruido de tambores y de pífanos. Mandé hacer alto para esperar á los que venian á recibirnos, y cuando llegaron á nosotros, un oficial, llamado Mohamed, que llevaba el uniforme egipcio, fué á arrojarse en mis brazos, y parecia querer darme el beso de bienvenida. Le devolví un apretado abrazo retirando la cabeza para sustraerme de aquel apretón demasiado fraternal y le pregunté:

—¿A las órdenes de quién estais?

—Petrik, me contestó.

—¿Y dónde está Petrik?

—Dentro de poco le vereis.

—¿Porqué no enarbolais la bandera inglesa?

—Nuestra bandera es la de Débono.

—¿Quién es ese personaje?

—El mismo Petrik... pero venid al campamento y allí hablaremos largamente.»

Al decir esto, Mohamed mandó dar media vuelta á su regimiento, que constaba de doscientos hombres próximamente, y estaba compuesto de nubios, egipcios y esclavos de todas las razas, queno dejaban de tocar los tambores, de presentar las armas, ni de hacer fuego sin concierto ni razon. Cuando llegamos á aquellas chozas, semejantes á las habitaciones indígenas, Mohamed nos hizo sentar en dos camas, y sus mujeres fueron á ofrecernos de rodillas tazas de café, mientras que otros servidores que llevaban pombé nos preparaban una comida compuesta principalmente de pan, carnero asado y miel. Se desocupó para nosotros un vasto cobertizo, y cuando Grant y yo nos instalamos en él, nuestros hombres recibieron orden de colocarse como quisieran en las diferentes chozas donde se hallaban los soldados de Mohamed. Éste, desde que estábamos allí, miraba como terminada su mision.

—Si es así, le dije, hacedme el favor de comunicarme órdenes y cartas que hayais recibido.

—No tengo cartas ni órdenes escritas; me han encargado sencillamente llevaros á Gondokoro cuando llegáseis. Soy el vakil de Débono, y estaba impaciente por veros, porque hace mucho tiempo que os esperamos. Los ócios que nos ha producido vuestra tardanza los hemos empleado en buscar marfil.

—¿Como se esplica que Petrik no haya venido en persona á recibirnos? ¿Y el árbol en cuya corteza está el nombre de Petherick?

—Le vereis en el camino. No es Petrik quien ha escrito el nombre, sino otra persona que me ha encargado esperar vuestra llegada á estos sitios. No conocemos ese nombre, pero nos han asegurado que enseñándoosle sabreis de qué se trata.

Despues de haber cumplimentado á Mohamed, quise partir al dia siguiente, pero sin atreverse á mirarme cara á cara, me declaró que no podia dejarme marchar sin él, porque seria reconvenido si me ocurria algo desagradable. Se estrañó de mi precipitacion y de que habiendo permanecido tanto tiempo junto á Kamrasi, no pudiese dedicarle algunos dias. Aquellos pocos dias se prolongaron hasta el 11 de enero, y habiendo agotado mi paciencia los aplazamientos de Mohamed, le cogí la delantera con gran disgusto suyo, dándole un plazo de veinte y cuatro horas para ir á reunirse con nosotros en la próxima estacion.

El 13 de enero nos llevó á Pera, grupo de aldeas situado á la vista del Nilo, que se presentaba á nosotros llevando magestuosamente sus aguas por un cauce poco profundo en la direccion de Oeste á Este; mas allá del rio se elevaban las montañas de Kuten, á 2,000 pies sobre sus aguas. Hasta el dia siguiente, en que marchando paralelamente al Nilo, llegamos á Jefe, no pudimos abarcar en su conjunto aquel imponente y estenso panorama.

*Apuddo.* Apenas nos instalamos, hice que me enseñasen el árbol sobre el cual Mohamed habia llamado mi atencion. Se veian en efecto en su corteza dos señales que tenian vagamente la forma de una M. y una I; pero el trabajo de la vegetacion les habia borrado casi por completo. Al describirme los turcos al individuo que las habia trazado, digeron que se parecia mucho á mí y que llevaba una bata tan larga como la mia. Habia ido de Gondokoro con Mohamed hacia dos años, pero no se habia atrevido á pasar mas allá de Apuddo por lo mal que le hablaron de las poblaciones meridionales y porque le pareció muy penoso permanecer encerrado en Faloro durante la estacion de las lluvias al lado del oficial egipcio. Despues he sabido que aquel atrevido viajero era el italiano Miani. La miseria es grande en aquellas comarcas, y mientras que los turcos viven con lo que tienen en sus silos medio vacíos, los pobres

aldeanos se ven reducidos á alimentarse con raíces y frutas. Ademas los gefes de las aldeas se hacen unos á otros una guerra encarnizada.

Despues de una nueva y larga serie de marchas por aquel pais entregado al pillage de los ladrones del Norte, que usurpan el nombre de comerciantes, llegamos el 15 de febrero por la mañana á Gondokoro, (4.° 54' 15" de latitud Norte, y 31° 46' 9" de longitud Este) donde Mohamed, despues de hacer una salva, nos llevó á casa de un comerciante circasiano, llamado Kurshid Aghar. Naturalmente, nuestras primeras preguntas fueron para saber de Petrik; al principio nos contestaron con un silencio cuyo significado ignorábamos, pero supimos despues que el auxilio que habíamos recibido desde el Madi se lo debíamos esclusivamente al señor Debono. Dimos gracias apresuradamente al amigo de Mohamed, que era tambien representante de nuestro bienhechor, y nos despedimos de él para ir á buscar á Petrik. Vimos á la orilla del rio donde estaban amarrados muchos buques correr hacia nosotros una persona que en el primer momento creimos era la que buscábamos, pero poco despues me desengañé por el cordial apretón de manos de mi antiguo amigo Báker, que ha adquirido cierta celebridad por sus cacerías en la isla de Ceilan. No puedo esplicar las emociones que me produjo aquel encuentro: están las palabras en los labios, y sin embargo no se puede hablar. Algo despues, y aceptando su buena hospitalidad, supimos por él lo que habia sucedido durante nuestra larga ausencia, entre otras cosas la terrible guerra de América, y la muerte del príncipe Alberto á quien me presentó sir Rodrigo Murchison pocos dias antes de mi salida para Africa, y de cuyas lisongeras palabras me acuerdo perfectamente.

Báker nos dijo tambien que habia llevado tres buques con tripulacion bien armada, camellos, caballos, asnos, abalorios, alambre, en una palabra, todo lo necesario para un largo viaje, con el esclusivo objeto de contribuir á nuestra salvacion.

Me habeis desilusionado, añadió riendo, porque esperaba encontraros bajo el ecuador en alguna situacion terrible de que pensaba sacaros.

Sabedor de la próxima vuelta de Mohamed, le esperaba para reunirse con aquellos que quisiesen volver á sus hogares. El mismo pensamiento filantrópico tenian tres señoras holandesas (1) que acababan de llegar allí en un buque de vapor, pero el mal estado de su salud les habia obligado á retroceder á Kartum. Nadie habia considerado posible el viaje que acabamos de hacer. Pero, ¿qué habia sido de

(1) Las señoras de Tinné, una de las cuales acaba de morir segun me han dicho.

Petrik? Se dedicaba entonces al comercio cerca de N'yambara, es decir, á 70 millas al Oeste de Gondokoro, habiendo cuidado, despues de mi salida de Inglaterra, de abrir una suscripcion que fue cubierta á porfia por los amigos, que creyéndome en peligro, querian ponerle en el caso de ir en mi ayuda. A ellos dedico este libro por no poder manifestarles de otro modo mi vivo agradecimiento.

Petrik, en vez de subir inmediatamente por el Nilo como hubiera podido hacerlo, segun opinion de las personas mas competentes, se retrasó en mandar construir una embarcacion, y dejó pasar en gran parte la estacion favorable. A los siete grados de latitud le faltaron los vientos del Norte, y entonces se dirigió por tierra á su depósito de N'yambara. Debo advertir que habia enviado aquí un *vakil* y algunas barcas con orden de ir á alcanzarle en N'yambara y de marchar despues al Sur de aquella estacion, con el objeto de descubrir donde estaba yo; pero esto era contrario á las instrucciones que le habia yo dado al salir de Inglaterra, no menos contrario á las intenciones que mostró al abrir la suscripcion de que he hablado, y contrario en fin á la opinion de todos los europeos ocupados en el mismo comercio que él. Todos estaban conformes en que Petrik deberia haber ido directamente á Faloro, y de allí seguir la direccion del Sur si su comercio al Oeste del Nilo no le hubiera dirigido hacia Occidente.

Báker me ofreció sus embarcaciones para ir á Kartum, pero me preguntó ademas si habia dejado atrás alguna empresa que terminar ó algun provecho que pudiese compensarle las fatigas y considerables gastos de la espedicion que habia organizado.

Le hablé naturalmente de aquel luta (ó lago) Nzigé que habia tenido el sentimiento de no poder explorar. Le descubrí el Nilo tal como le habíamos dejado en el Chopi, llevando sus aguas hacia Occidente; tal como le habíamos vuelto á encontrar en el Madi llevando la misma direccion y siendo navegable hasta Koski, y probablemente hasta el pequeño luta Nzigé. Si era así, se podian abrir vastas comarcas al benéfico influjo de la navegacion, por medio de barcas construidas en el Madi, mas arriba de las cataratas. Báker me pareció hallarse dispuesto á ejecutar aquel plan de campaña, y fue poco á poco relacionándose con Mohamed que ofreció llevarle hasta Faloro y á quien yo ofrecí tres carabinas por vía de gratificacion.

Esperando una ocasion en que la luna me permitiese determinar la longitud, permanecí en Gondokoro, en casa de Baker, y esto me proporcionó la ocasion de hablar muchas veces con el gefe de la legacion austriaca (el señor Morlanga) y dos de sus colegas, que antes de salir de Kich para ir á Kar-